

EL ECO DE CARTAGENA

Sábado 19 de Agosto de 1882

La decadencia de España

desde mediados del siglo XVI

A IGUAL ÉPOCA DEL SIGLO XVIII

XL.

En esta primera rebelión de los Países-bajos se agitaban dos tendencias, unos querían la emancipación del dominio de España; otros intimidar á Felipe II para que cediese de su tiránica política.

Entre estos últimos figuraba la mayor parte de la nobleza que todavía permanecía fiel á la religión católica, y entre declararse hostil al rey, ó en abierta lucha contra sus enemigos, optó por este último partido; los nobles se agruparon en torno de la Regente y la sedición fué vencida recobrando aquella su antigua autoridad. Pero Felipe II llevado de su odio á la Reforma, comprendiendo que, aun cuando abatida pudiera levantar de nuevo la cabeza resolvió estirparla radicalmente de aquellos apartados países, mandando para el efecto, al famoso duque de Alba, el más hábil general de su tiempo, temible por la fidelidad con que sabía secundar las órdenes del monarca; así fué que al pisar los Países-Bajos, todas las provincias se sintieron sobre cogidas de terror, y más de cien mil flamencos huyeron llevando al extranjero sus industrias y génio comercial.

La entrada del duque en Bruselas, se señaló por un duelo general; todas las casas se mostraron cerradas; el aspecto de la ciudad no podía ser más lúgubre; la Regente, espantada también, se apresuró á resignar sus poderes y partió para Italia. La acción, pues, del duque de Alba, quedaba completamente desembarazada para poner en ejecución las órdenes de su rey, con alguna añadidura de su parte.

Su primera medida fué el arresto de los condes de Horu y de Egmont que envió prisioneros á Gante con una escolta de tres mil soldados, luego declaró culpables de lesa magestad á todos cuantos habían tomado parte en las pasadas turbulencias, escuchado los sermones, ó contribuido al mantenimiento de los ministros de la Reforma; y bastaba haber dado alojamiento á sus sectarios, hablado contra el cardenal Grauelle, ó invocado los privilegios del país para ser sospechosos y por tanto obligados á comparecer ante la justicia. En este concepto todos los habitantes eran culpables, y la nación entera estaba amenazada de una proscrición general.

Para el efecto se estableció un tri-

bunal excepcional, compuesto de extranjeros, cuya presidencia se reservó el duque con delegación en su confidente Juan de Vargas. Los españoles llamaron á este tribunal el «Consejo de los motines,» y los flamencos el «tribunal de sangre.» De ambas calificaciones, esta última fué la más apropiada.

Por sus fallos diez y ocho mil personas sucumbieron bajo el hacha del verdugo, y treinta mil fueran despojadas de sus bienes. Aquí el afán de oro era tan grande como la sed de venganza. Por eso se veía acusar con preferencia á los más ricos para confiscarles sus bienes, de lo que resultó que en un solo año subió el importe de los secuestros á la enorme suma de veinte millones de escudos. Ni la calidad ni la condición podían darse por seguras en la general batida; víctimas ilustres de ella fueron los condes de Horu y de Egmont, ejecutados en la plaza pública de Bruselas; y el príncipe de Orange debió su salvación á la fuga. Este dispuesto á sacrificarse por la libertad de su patria llevó su patriótico ardor hasta levantar armas contra el duque de Alba, pero vencido por este en dos acciones, hubo de licenciar sus tropas y abandonó el Luxemburgo.

Volvió el duque triunfante á Bruselas, y en su vanidad, tan grande como sus talentos militares, mandó que con el bronce de la artillería tomara al enemigo se le erigiera una estatua en actitud amenazadora, teniendo bajo su planta un monstruo, emblema de la revolución que acababa de vencer, y otras dos figuras abatidas representando al pueblo y á la nobleza. Tal monumento de soberbia dejó el duque de Alba en la plaza pública de Amberes para ódio eterno á la dominación española.

No pararon aquí los sufrimientos de los Países-Bajos; á la sangre y á las confiscaciones siguieron los impuestos y las grandes exacciones. Las grandes sumas que España había enviado, se consumieron, al par de las recaudadas por los secuestros en levantar fortalezas y otras obras de seguridad, de modo que llegó á faltar el dinero para el mantenimiento de las tropas. Entónces se apeló á la alcabala, ó sea el derecho de diez por ciento que en España se exigía sobre todas las mercaderías, recurso el más ruinoso para un país esencialmente manufacturero como el de Flandes, pues no eran nuevos los casos en que el derecho igualaba, y aun excedía al valor real de los efectos.

En vano los diputados representaron al gobernador haciéndole ver que semejante impuesto acabaría con la industria del país; el rey, respondió el duque de Alba, debe mucho dinero á sus soldados; por dis-

posiciones más se levantan fortalezas para mantener á las provincias obedientes: me hace falta, pues el dinero; me hace falta al instante, y los derechos nuevos me parecen el medio más seguro de obtener las cantidades necesarias; pero tan luego se publicó el edicto para su establecimiento se cerraron en Bruselas todos los almacenes y las fábricas, quedando desierto el mercado, y la ciudad consternada por la falta general de alimentos y bebidas.

Esto fué como un reto lanzado á las iras del duque. Irritado este ante semejante actitud, hizo ahorcar á diez y siete de los principales comerciantes, y pobló las calles de la ciudad de horcas y de soldados. Afortunadamente, cuando se preparaba á nuevas ejecuciones, un extraordinario trajo la nueva de que los partidarios del príncipe de Orange se habían apoderado de la ciudad de Briel en la isla de Woiuro.

El golpe no pudo ser más oportuno, ni más trascendental para la suerte de los Países Bajos, pues que en él tuvo principio la República de las Provincias Unidas. Por de pronto se suspendió la exacción de los impuestos y la tiranía hubo de ceder mucho de sus bríos. El duque de Alba había comprendido todo lo crítico de la situación y trató de conjurar la tempestad humillándose ante ella, pero ya era tarde. Todas las ciudades de la Zelanda, excepto Middlebourg, abrieron sus puertas á los libertadores de la patria, y una asamblea de los Estados, celebrada en Dordrecht, proclamó al príncipe de Orange stathouder de las provincias de Holanda, Zelanda, Frisa y Utrecht.

La fortuna se puso desde los principios del lado del oprimido; este más que en el número buscó el valor en la santidad de su causa, y la libertad le dió su generoso aliento. Por otra parte contaba con la ayuda de los reformados de Francia, de Alemania y de Inglaterra. Solo así se explica que un pueblo de fabricantes y mercaderes, que no disponía sino de una pequeña extensión arrebatada al imperio del mar, osára entrar en lucha contra el soberano más poderoso de la Europa. Los primeros intentos de Felipe II para reconquistar allí su autoridad, están marcados por otros tantos reveses. De los cincuenta buques que llevó el duque de Medinaceli, apenas si pudo salvar la mitad, refugiándose en el puerto de Middlebourg; los otros quedaron en poder de los insurgentes, estimándose el valor de esta presa en cincuenta mil florines; y otras veinte naves cargadas de artillería y municiones de guerra que el duque de Alba enviaba á aquel punto, fueron presas también y conducidas en triunfo á Flessinga. Hé aquí como suelen acabar las grandes reputaciones militares.

Las grandes mantanzas ejecutadas por los españoles, en Naerden y Harlem, en desquite de las anteriores pérdidas, fueron, como la despedida del duque de Alba de los Países Bajos; llamado por el Rey, entregó el gobierno al comendador Requeseus y se vino á España.

MANUEL GONZALEZ.

CRONICA

La preciosa zarzuela «Marina» recibió anoche en el teatro-circo, una esmerada y perfecta interpretación.

La Srta. Barretta, el Sr. Beltrami, el Sr. Cidrón y el Sr. Navarro, desempeñaron sus respectivos papeles, con gusto, afinación y con verdadero deseo de agradar.

La Srta. Barretta ha hecho notables progresos desde su última estancia en nuestra ciudad; por ello la felicitamos.

El Sr. Beltrami nos probó lo mucho que vale y las legítimas esperanzas, que con justicia se han fundado en tan apreciable cantante, que ha de ocupar un distinguido lugar entre los artistas españoles.

El Sr. Cidrón ya nos era conocido de la temporada anterior, en la que interpretaba notablemente el papel de «Roque.»

El Sr. Navarro (Pascual) discreto y acertado.

Todos fueron muy aplaudidos y el público ha quedado satisfecho de la representación de «Marina.»

El cuarteto del acto primero, el brindis y terceto del 2.º fueron los números musicales mejor ejecutados.

El público no escaseó sus aplausos y muestras de aprobación.

También las «coplas» de «Roque» fueron repetidas cuatro veces.

La bonita zarzuela de Camprón y Gaztambide «Una vieja» fué interpretada con un verdadero cariño, por la Sra. Williams y los señores Beltrami, Cidrón y Villalonga.

La ejecución perfecta, conjunto y detalles satisfizo por completo.

Los aplausos muchos, muy justos y muy merecidos.

Nos complace el buen deseo y el esmero con que pone en escena las obras, la empresa artística «Villalonga Lopez-Cidrón,» y siguiendo en tan buenos propósitos no ha de faltarles el favor del público.

También tenemos entendido que pronto se reforzará la compañía con algunos apreciables artistas y que se pondrán en escena las zarzuelas de espectáculo «Los sobrinos del Capitán Grant—La vuelta al mundo—Sueños de oro,» y otras de repertorio.

Por ese camino se logra el favor